

SAN ANTONINO, OBISPO Y CONFESOR

Día 10 de mayo

P. Juan Croisset, S.J.

San Antonino, á quien en el bautismo se le puso el nombre de Antonio, y después, por la pequeñez de su cuerpo, le llamaron *Antonino*, fue hijo de Nicolás Pierozzi, notario de la ciudad de Florencia, y de Tomasa, ambos de familia honrada, y uno y otro recomendables por su conocida bondad. Nació en el año de 1389; y como fue hijo único, y sus padres eran tan virtuosos, se dedicaron con el mayor desvelo á darle una cristiana educación. Tuvo por toda la vida tanto horror al pecado, que se tiene por cierto conservó hasta la muerte la inocencia bautismal; debiendo particularmente, como lo confesaba él mismo, á la tierna devoción que profesaba á la Santísima Virgen la inviolable integridad de su pureza. Aplicáronle con tiempo al estudio, en el cual hizo maravillosos progresos.

Ya había tiempo que, para satisfacer la grande inclinación que sentía desde sus más tiernos años de consagrarse á Dios eternamente, había puesto su mira en algún claustro religioso. Pero entre todos era el objeto de sus ansias el de los Padres predicadores, donde reinaba la sabiduría, el celo de la religión y una ejemplar observancia. Acudió al famoso P. Fr. Juan Dominici, que después fue cardenal arzobispo de Ragusa y legado de la Santa Sede en el reino de Hungría, y le pidió el santo hábito. Examinóle, y quedó hechizado de la viveza de su ingenio, del candor y de la inocencia de sus costumbres, y de los ardientes deseos con que suspiraba por ser admitido en la religión de Santo Domingo; pero viéndole

tan pequeño y tan niño, le aconsejó que se esperase todavía algunos años, y por librarse de sus instancias con alguna aparente salida, habiendo entendido en el discurso de la conversación, que gustaba mucho Antonino de leer en el Derecho de Graciano, añadió sonriéndose: *Mira, estudia el Derecho canónico, y, sabiéndolo de memoria, yo te doy palabra de que serás recibido.* Era muy dura la condición, como de quien sólo intentaba por aquel medio despedir con honor al pretendiente, quitándole toda esperanza de ser jamás admitido; pero quedó sorprendido y asombrado cuando dentro de pocos días volvió Antonino á reconvénirle con su palabra, diciendo estaba pronto á dar razón de todo el Derecho canónico. Con aquella extraordinaria prueba de su casi milagrosa memoria y habilidad le recibieron luego los Padres, sin reparar en la debilidad de su complexión ni en sus pocos años, y en breve tiempo conociéronlo mucho que valía el que habían admitido.

No obstante de ser todavía muy mozo, como la virtud suplía la falta de los años, le hicieron prior del convento de Roma, el que gobernó con tanta prudencia, con tanta suavidad y con tanto acierto, que le encargaron sucesivamente el gobierno de los conventos de Nápoles, Gaeta, Cortona, Siena, Florencia, Pistoja, Fiésoli, y los de otras muchas ciudades de Italia, renovando en todos ellos el primitivo espíritu de la Regla, más con sus ejemplos que con sus palabras. Hiciéronle vicario general de la provincia de Toscana, y después de la de Nápoles, sin que por eso disminuyese el rigor de sus ordinarias penitencias.

Hallábase Antonino en la visita de la provincia de Nápoles, cuando vacó la Silla episcopal de Florencia. Por mucho tiempo se llevó la atención del papa Eugenio el cuidado y la elección de un sujeto digno de que ocupase aquella Silla, resuelto á negar los oídos á empeños,

pretensiones y parcialidades, pensando únicamente en dar á Florencia un prelado santo. Apenas le hablaron del vicario general de los Predicadores, cuando, sin detenerse un punto á deliberar, le nombró por arzobispo de Florencia. No hubo medio de que no se valiese para librarse de aquella dignidad. Rindióse á la obediencia, haciéndola el más doloroso sacrificio, siendo las lágrimas que derramó durante la ceremonia de su consagración el mayor testimonio de su dolor, y de que no hallaba otro consuelo que el de la resignación.

Después de haber consumido en limosnas todo su dinero, echó mano de los muebles, reduciéndose el mismo arzobispo á una extrema pobreza por socorrer á los pobres. Fundó el colegio de San Martín, en que estableció doce administradores de las rentas destinadas para socorrer a familias vergonzantes que, reducidas á miseria, tienen empacho en pedir; y ha echado Dios su bendición á esta obra pía de manera, que hoy se mantienen con ella más de seiscientas familias, proveyendo á todas sus necesidades.

Correspondía el celo á la caridad. Todos los años visitaba el arzobispado. Desterráronse de todas partes los abusos, compusiéronse las enemistades, extermináronse los desórdenes, y se reformaron las costumbres. Habíanse introducido en Florencia los juegos que llaman de azar, con grande ruina de las familias, emprendió el santo arzobispo exterminarlos, y lo consiguió.

A todas horas se le encontraba, visible, afable y accesible, haciéndose todo á todos para ganarlos á todos. Igualmente daba audiencia al pobre y al paisano, que al rico y al poderoso, sin aceptación de personas; hallándose siempre en él director, pastor y padre, sin que accidente alguno fuese capaz de alterar su dulzura y su

tranquilidad.

Habiendo arrestado á un ministro del Papa el Consejo Supremo de Florencia, y no habiendo podido lograr el arzobispo que le pusiesen en libertad, mandó cesar el Oficio divino en la catedral á viste de los magistrados, y puso entredicho á la iglesia. Por más que le maltrataron, se mantuvo inflexible; y como le amenazasen que le echarían de la ciudad, mostrando el Santo la llave de la celda que ocupaba en el convento de Cortona, y traía siempre colgada de la cinta, respondió: *Si me obligaren á salir de Florencia, siempre tendré donde retirarme.*

En medio de tanta tarea halló tiempo para enriquecer la Iglesia con excelentes obras, como son: la *Suma doctrinal, ó teológica*; la *Suma histórica*, la *Suma de la Confesión*, un *Tratado de la excomuni6n*, el *Discurso sobre los discípulos cuando iban al castillo de Emaús*, y un *Tratado de las virtudes*.

Estaba tan extendido por toda Italia el concepto de su elevada santidad, que acudían de los pueblos á los caminos por donde se sabía que había de pasar, para recibir su bendici6n. El papa Nicolás V dijo públicamente *que tenía por tan digno de ser colocado en los altares al arzobispo de Florencia, estando vivo, como á Bernardino de Siena, á quien él mismo acababa de canonizar después de muerto*. Nombráronle los florentinos para que llevase la voz de una solemne embajada que enviaron á los papas Calixto III y Pío II, reparando todos que, cuanto más le colmaban de honores, más humilde se hacía. Suplicáronle que se quisiese encargarse también de la embajada al emperador Federico, pero no le pudieron reducir, porque jamás se resolvió á salir de su arzobispado, no siendo por los intereses de la Iglesia.

Llegando á noticia del papa Pío II el gran fruto que había hecho en Florencia, quiso hacerle de la junta que había formado para reformar los abusos de Roma; pero antes llamó Dios á su fiel siervo para premiarle eternamente. Murió con la muerte de los santos el día 2 de Mayo del año 1459, á los setenta de su edad, y á los tres de su pontificado. Setenta y cuatro años después le canonizó Clemente VII. Venérase el santo cuerpo en la iglesia de los PP. Dominicos de Florencia.

SAN JOB, PROFETA

Hivía en la tierra de Hus, en la Idumea oriental, conocida con el nombre de *Arabia Desierta*, un varón llamado Job, de corazón sano y recto: temía á Dios y huía de todo lo que pudiese tener la menor sombra de mal. El Señor bendecía su trabajo y premiaba su piedad, multiplicando de un modo tan asombroso sus riquezas, que llegó á ser el más poderoso y rico entre los orientales. Formaban parte de su hacienda siete mil ovejas, tres mil camellos, quinientas yuntas de bueyes, quinientos asnos y un número crecido de criados para su servicio y para la labranza.

Reinaba entre sus siete hijos y tres hijas la más tierna y amante fraternidad, y alternando comían unidos, un día en una casa y otro día en otra. Cuando este turno de convites se acababa, enviaba Job á buscar á sus hijos, y los amonestaba á que se purificasen y preparasen para asistir á los holocaustos que muy de mañana ofrecía por cada uno de ellos; porque decía *¿Quién sabe si mis hijos habrán ofendido á Dios de algún modo en el calor del banquete?* De este modo tranquilamente se deslizaba la vida; y la plácida y blanda felicidad de Job no la obscurecía triste ni dolorosa aflicción.

Pero el Señor quiso probar los quilates de la virtud de su siervo, y permitió al demonio le afligiese con la pérdida de todo cuanto poseía. Estando cierto día sus hijos y sus hijas comiendo alegremente en casa de su hermano el mayor, llegó de súbito acongojado un mensajero, y le dijo á Job: «Señor, cayeron sobre nosotros los sábeos, cual torrente impetuoso, y arrastraron tras sí todas las yuntas y todas los asnos, y todos los criados: yo solo he podido escapar para daros tan infausta noticia». Otro nuevo mensajero añadió: «Tus ovejas y tus pastores han sido reducidos á cenizas por un fuego voracísimo que del Cielo descendió». Aun no era bastante: tras de éste siguió otro exclamando: «Señor, los caldeos se han llevado vuestros camellos y han quitado, menos á mí, la vida á todos los que estaban encargados de custodiarlos». No se habían apagado aún los acentos de este último, cuando, de improviso, otro nuevo y triste mensajero apareció: «Señor, señor, exclamó: tus hijos y tus hijas comiendo estaban en casa de su hermano mayor, cuando de repente se levantó un viento impetuoso de la parte del Mediodía y, haciendo estremecer los cuatro ángulos de la casa y desencajándola, cayó sobre ellos, y todos quedaron sepultados en sus ruinas».

Job entonces, levantándose de su asiento, postrándose en tierra, adoró al Señor. Entonces, señalando á la tierra, dijo: *Desnudo salí del vientre de mi madre, y desnudo volveré á ella: el Señor, que me lo dio todo, El todo me lo ha quitado: no se ha hecho en esto más que su voluntad. ¡Bendito sea su santo nombre!*

También el Señor había permitido al demonio que le atormentase en el cuerpo, aunque sin quitarle la vida; y he aquí que al santo varón le restaban todavía muchos padecimientos y grandes tribulaciones. Cubrióle, en efecto, el enemigo de los hombres de una asquerosa y espantosa llaga, desde la planta de los pies hasta lo más

alto de la cabeza, viéndose obligado á retirarse á un muladar, donde sentado raía con un pedazo de teja los gusanos y la podre que de sus llagas salían. En tan triste situación, todos sus amigos y allegados le abandonaron, y sólo su mujer le visitaba, la que, mofándose de él y excitándole á la desesperación, le decía: «¿Quieres aún permanecer en esa tu estupidez y necesidad? Da bendiciones á Dios, y muérete después». Pero, paciente é impasible el santo varón, la respondía: «Mujer, no muestras rastro de juicio ni de cordura en lo que has hablado. Si de la mano de Dios hemos recibido los bienes, ¿por qué no hemos de recibir también los males?» Habiendo sabido las desgracias de Job sus tres amigos, Eliphaz de Themán, Baldat de Suhá, y Sophar de Naamath, fueron á verle con el objeto de consolarle; pero al aproximarse á el, y al fijar sus atónitos y espantados ojos, no podían reconocerle, porque el estrago espantoso que el mal había hecho le desfiguraba completamente. Creyéronle sus amigos culpable de algún grave y enorme delito, en vista de los castigos y calamidades con que el Cielo le afligía, y partiendo de este falso error, en vez de consolarle, empezaron á probarle con razonamientos sublimes que sólo sobre los que han abandonado la senda del deber cae la tribulación, y que las grandes adversidades son siempre castigos de crímenes horrendos.

Job, más ilustrado, sabía muy bien que el Señor castiga á los pecadores y prueba á los justos para acrisolar más su virtud. Consolábale en su desventura la esperanza de una vida futura, y, sometiéndose completamente á la voluntad divina, respondía a sus amigos: «¡Tened compasión de mí, al menos vosotros que decís me amáis! Veis que me ha herido la mano de Dios, y vosotros me acrimináis amargamente, y con aspereza me ultrajáis; mas yo, en mi fe, hallaré el consuelo que vuestra amistad me rehúsa. ¿Por qué me perseguís, como

Dios me persigue, y no queréis cesar hasta hartaros de mis carnes? Apiadaos de mí: consumida toda mi carne, no me ha quedado sino la piel sobre los huesos, y los labios alrededor de mis dientes. ¡ Oh quién me dice que no se escribirán con punzón de hierro mis palabras en un libro, ó en una lámina de plomo con buril! Porque yo sé que vive mi Redentor, y que en el último día me he de levantar de la tierra y seré vuelto á revestir de mi piel, y que revestido así de mi carne he de ver á mi Dios, y mis ojos le han de mirar, y no otro por mí, y en mi corazón está guardada esta esperanza, y esto me consuela. Pues, en vista de esto, ¿por qué os empeñáis en perseguirme y andáis buscando achaques para sacar de mi boca palabras con que calumniarme?»

A las inculpaciones y cargos de sus tres amigos sucedieron las de Eliú, hijo de Barachel, Buzita, de la familia de Raur, que irritándose no sólo contra Job, porque decía que era justo aún á los ojos de Dios, sino contra los tres amigos, porque no replicaban á las razones del santo varón, lleno de indignación hizo aún beber las heces del cáliz de tribulación y afligió más y más al santo Profeta.

Entonces el Señor volvió al fin por la honra de su siervo, y, hablando desde un torbellino, declaró á sus indiscretos amigos que no les perdonaría su pecado sino mediante los ruegos de aquel justo á quien habían querido calumniar. El Señor se compadeció también del estado en que Job se hallaba, y, al mismo tiempo que éste hacía oración por sus amigos, volvióle doblados los bienes que antes poseía. Vinieron á visitarle todos sus deudos y conocidos, y comieron con él en su casa; diéronle muestras de su compasión y sentimiento, le consolaron, y le regaló cada uno de ellos una escogida oveja y un zarcillo de oro. Tuvo también otros siete hijos y tres hijas, llamadas Día, Casia, Cornustibia, de una

hermosura tal, que no hubo en la tierra con quién poder compararla.

Vivió Job, después de esta prueba, ciento y cuarenta años, vio sus hijos y nietos hasta la cuarta generación, y por último, lleno de días y en edad muy avanzada, acabó su carrera.

Parece que su cuerpo fue enterrado cerca del Jordán, donde acudieron siempre gran multitud de peregrinos de la antigua y de la nueva Ley, para encomendarse á sus oraciones.

Job, cuyo nombre significa *el que gime ó se duele*, fue, como afirman San Juan Crisóstomo y Orígenes, descendiente de Esaú, y quinto nieto de Abraham, porque Abraham engendró á Isaac, Isaac á Esaú, Esaú á Rahuel, Rahuel á Zara, Zara á Job. San Ambrosio y San Gregorio dicen que Job es lo mismo que Jobab, referido en el libro I del Paralipomenon (c. 1, v. 45) y en el Génesis (c. 36, v. 33). Siendo esto así, Job viene á ser contemporáneo de Moisés, y su historia puede fijarse para poco después que el pueblo de Israel pasó el mar Rojo.

Los antiguos Martirologios que usa la Iglesia, tanto latina como griega, hacen memoria de Job, dándole los títulos de Profeta, de Santo y de Mártir, y está su culto muy propagado, especialmente en Italia, en donde hay erigidas muchas iglesias y hospitales, que le tienen por su protector y tutelar.

Job, cubierto de llagas, escarnecido por su mujer, é insultado por sus mismos amigos, es una imagen perfecta de la pasión de Jesucristo. La virtud de Job era alabada en el tiempo de su prosperidad; mas luego que se vio en la miseria, cubierto de úlceras, llegó á ser el objeto del desprecio de los que antes le miraban con admiración.

Así Jesucristo, obrando milagros, era seguido de todo el mundo; mas, oprimido por la malicia de sus enemigos, despedazado y clavado en la cruz, y expuesto á las burlas más sangrientas, no ofrece á la vista cosa que no parezca despreciable. Todas las circunstancias de la Pasión se ven reunidas tan admirablemente y con tan grande energía en los discursos de nuestro Santo, que sus expresiones obscuras y que parecen impropias, aplicadas á él, se hacen claras y no dejan que dudar cuando se aplican á Jesucristo. Job, aun sobre la ceniza, y todo lleno de lacerias, y casi á punto de expirar, ruega por sus tres amigos; y Dios, mostrando repentinamente que acepta sus sacrificios, le saca de los brazos de la muerte, por medio de una curación tan perfecta que parece una resurrección. Jesucristo desde la cruz ruega por los que le martirizan, y Dios, aplacado por su sacrificio, le hace salir del sepulcro con una nueva vida, en que nada se advierte ya de la enfermedad de una carne mortal.

SAN JUAN DE ÁVILA, CONFESOR, LLAMADO APÓSTOL DE ANDALUCÍA

Fl maestro Juan de Ávila, espejo y perfecto ejemplar de sacerdotes seculares, de quien dijo Fr. Luis de Granada que era justo fuera glorificado en la Tierra el que tanto procuró durante su vida glorificar al que reina en el Cielo, nació en Almodóvar del Campo (de Calatrava), diócesis de Ciudad Real, el 6 de Enero de 1500. Llamáronse sus padres Alonso de Ávila y Catalina Gijón, honrados y piadosos, de sangre limpia y enemigos de razas y mezclas heréticas. Se conservan hoy día, con veneración, su casa y la habitación donde nació. Criáronle sus padres con mucho temor de Dios, y los buenos consejos caían en su alma como en blanda cera, quedando impresos para siempre. Por lo cual fue su niñez escuela de gravedad con inclinaciones santas,

penitencias, ayunos, oraciones y obediencia ciega á Dios y á sus padres. Contaba sólo cinco años, y dormía ya sobre tablas ó duros sarmientos. Tendría unos ocho, cuando su madre le hizo un sayo nuevo. Por obedecerla se lo puso y fue á la escuela; halló un niño pobre en el camino, y cambió su vestido por los andrajos del pobre, con los que volvió contento á su casa. En esa edad se encerraba en su humilde habitación y se entregaba á la oración; se disciplinaba para expiar los pecados del mundo; ayunaba jueves y viernes en todas las semanas; asistía al templo, oía devotamente los sermones y frecuentaba los santos sacramentos. Pasaba muchas horas delante del Santísimo Sacramento.

Joven ya y ejercitado su corazón en las virtudes cristianas, después de haber aprendido la doctrina le envió su padre á Salamanca para que estudiase Jurisprudencia y demás ciencias profanas; obedeció, pero bien pronto dio señales de preferir la ciencia de los santos. Tornando á su pueblo de vacaciones, viéronle más penitente y recogido que antes; y así, por consejo de un religioso franciscano, le mandaron sus padres á la entonces famosa Universidad de Alcalá, para que cursase Letras y Sagrada Teología. Allí tuvo por maestro de artes al célebre Fr. Domingo de Soto. Andaban á la par el estudio y las virtudes en el joven escolar, pero sobresalía en penitencia y santidad, que él en vano ocultaba. Allí trabó grande amistad con D. Pedro Guerrero, que más tarde fue arzobispo de Granada, y hasta los más grandes doctores complutenses, entre ellos el Dr. Garnica, obispo de Osma después, pregonaban la vida santa y el claro talento de Juan.

Terminados los estudios de Letras y Teología, y demás ciencias eclesiásticas, huérfano ya de padre y madre, se ordenó de presbítero, pues eran sus ansias ser ministro de Dios. « Por honrar los huesos de su padre,

dice el P. Granada, quiso decir la primera Misa en su lugar, y, por honra de la Misa, en vez de los banquetes y fiestas que en estos casos se suelen hacer... dio de comer á doce pobres, y les sirvió la mesa y vistió é hizo con ellos otras obras de piedad.» Decía Misa con tantas lágrimas y devoción, que inspiraba ésta á los que la oían. Al celebrar derramaba tantas lágrimas que mojaba los corporales, y era necesario ponerlos á secar. El P. Alonso Fernández, discípulo suyo, afirma haberle oído una Misa en Montilla, que duró tres horas, dejando los corporales y manteles tan mojados con lágrimas, que se podían retorcer. Y con decir Misa de esta manera dijo una vez á uno de sus discípulos: *Deseo decir bien Misa un día; y otra vez dijo al mismo que, cuando acababa de recibir á Nuestro Señor en la Misa, no quisiera abrir la boca.*

Ejercitaba los ministerios todos del sacerdocio con mucha edificación de las almas y no menos agrado de Dios, lo cual era resultado del concepto que tenía de la altísima dignidad sacerdotal. «En otros tiempos, decía en una de sus epístolas, cuando se estimaba el sacerdocio en algo de lo mucho que es, no lo recibía nadie sino para ser obispo, ó tener cura de almas, ó alguna persona eminente en la predicación de la palabra de Dios; y los demás que eran eclesiásticos quedábanse en ser diáconos ó subdiáconos, ó de los otros grados más humildes, y entonces tenían grados bajos y vida altísima; todo lo cual está ahora al revés... ¡Oh, si supiéredes, hermano (á un joven que le preguntaba sobre si se ordenaría de sacerdote), qué tal había de ser un sacerdote en la tierra y qué cuenta le han de pedir cuando salga de aquí! No se puede explicar con palabras la santidad que se requiere para ejecutar el oficio de abrir y cerrar el Cielo con la lengua, y al llamado de ella venir el Hacedor de todas las cosas, y ser el hombre hecho abogado por todo el mundo, á semejanza de nuestro Maestro y Redentor Jesucristo en la cruz.

Hermano, ¿para qué os queréis meter en tan hondo piélagos y obligaros á cuenta estrecha para el día postrero? ¡Pues por bajo estado que tengáis, aún os parecería aquel día gran carga, cuando más si os cargáis de carga que los hombros de los ángeles temblarían de ella!» Llegó á decir una vez que nadie debía tocar los cabellos siquiera del sacerdote. Así se comprende que Santa Catalina de Siena besaba el suelo que pisábanlos sacerdotes del Señor. Murió en Baeza, según el licenciado Muñoz, uno de sus biógrafos, un sacerdote ejemplar de gran fama y muchas virtudes, el cual mandó en el testamento que se celebrara gran número de Misas por su alma. Pero como había sido tan virtuoso y había mucha miseria en aquel año, el obispo de Jaén hizo que se consultase al Maestro Ávila sobre si se podía destinar para limosnas alguna parte del dinero. Quedóse suspenso un rato el San Juan de Ávila, respondiendo al fin: *Díganle Misas, pues que dijo Misas.* ¡Tal será la cuenta espantosísima que al sacerdote se habrá de tomar en el Tribunal de Dios!

Amó San Juan de Avila al Señor Sacramentado presente en la Misa ó en los Tabernáculos, de tal modo, que fue su devoción principal durante toda su vida el Santísimo Sacramento del Divino Amor. De tan augustísimo Misterio dejó escrita una obra titulada *Del Santísimo Sacramento*, muy poco conocida en nuestros novelescos días: consta de veintisiete tratados ó discursos. Dentro de una iglesia, en descubriendo el Sagrario, hincaba su rodilla profundamente hasta el suelo, y con suma reverencia le adoraba. Para probar más su amor á Jesús Sacramentado, tenía un sello con la figura del Santísimo Sacramento esculpida en él: era de metal; con él cerraba sus cartas. Según uno de sus discípulos, predicó de tan augustísimo Misterio por espacio de cuarenta y cinco años, en particular todos los jueves en el Sagrario de la catedral de Granada, concurriendo

mucha gente. Oyendo hablar de deseos de vivir y morir en Jerusalén, dijo: *¿No tenéis ahí el Santísimo Sacramento? Cuando yo de El me acuerdo, se me quita el deseo de todo cuanto hay en la Tierra.*

Formado ya en virtud y ciencia, recapacitó mucho dónde iría á pasar los años de su vida predicando penitencia y amor á Dios, pareciéndole lo mejor ir á las Indias ó al Nuevo Mundo. Volvió á su pueblo, y, como todos los héroes del Cristianismo, se despojó de cuantos bienes temporales poseía, repartiéndolos entre los pobres. Se reservó únicamente un vestido humilde de paño ordinario para cubrir la desnudez. En todo el tiempo que vivió, según el P. Granada, nada tuvo ni quiso, y nada le faltó; mas antes, siendo pobre, remedió muchas necesidades, pudiendo decir con el Apóstol: Viví pobre, pero enriquecí á muchos; como quien nada tiene y todo lo posee. Se dirigió á Sevilla para unirse allí con el nuevo obispo de Tlaxcala, que deseaba llevarle en su compañía. Viéndole decir Misa con tanta modestia y gravedad, el venerable Hernando de Contreras, teólogo de Sevilla, se aficionó tanto al Beato Juan, que, á fin de que no fuera á las Indias, hizo que D. Alonso de Manrique, arzobispo de Sevilla, llamase á Juan á su palacio, donde el prelado le manifestó sus deseos de tenerle en su diócesis. Se lo mandó en virtud de santa obediencia, y el siervo de Dios se quedó en Sevilla. Tenía entonces treinta años de edad, y comenzó á predicar con harto temor y vergüenza, condición de predicadores humildes y evangélicos, y predicaba también en los hospitales, en las escuelas de niños y en las plazas, y de Sevilla pasó á predicar á otros lugares de aquel arzobispado, como Alcalá de Guadaira, Jerez, Palma y Ecíja. Y no hay duda que su predicación era de todo punto apostólica y maravillosa, enseñando la verdad y doctrina de las Sagradas Escrituras y de los Santos Padres, no con formas seculares, sino repitiendo los acentos ahora suaves, ahora espantosos de los

Profetas de la Antigua Ley. Así se convertían á Dios los oyentes y hacían penitencia; así se conservaba la fe en España y en sus posesiones ultramarinas. Estando Juan de Ávila en Granada ocupado en sus tareas de predicación, llegó á esta ciudad un mercader de libros, que antes había sido pastor, soldado y jornalero, llamado Juan, vendiendo libros de varias clases. El 20 de Enero, predicando el siervo de Dios el panegírico de San Sebastián en la ermita de su nombre, asistió Juan el librero, y habló el orador con fervor santo, como solía, y de las saetas con que Sebastián fue martirizado, tomó ocasión para ponderar los caminos misteriosos por donde corren y van hiriendo las saetas del divino amor los corazones de sus escogidos; una de estas saetas penetró, mediante un rayo de la divina gracia, el alma de Juan el librero, que escuchaba el sermón sin perder palabra. Ello fue que, acabado el sermón, salió el librero como loco por las puertas del templo, pidiendo á voces á Dios misericordia y confesando públicamente sus pecados; y gritando y con ademanes de espíritu exaltado entró por la ciudad y, seguido de chicos, llegó á su posada. En seguida repartió entre los pobres el dinero que tenía, despedazó los libros de novelas, distribuyendo los demás entre las gentes. Quedóse sin ajuar, sin dinero y sin otras ropas que los calzones y la camisa, y así dio principio á su vida santa, para fundar después el instituto religioso de San Juan de Dios. Su fiesta es el 8 de Marzo. He aquí uno de los frutos grandiosos de la predicación evangélica del Maestro Ávila. Pero no fue el único.

Su elocuencia y unción eran tales, que conmovían los corazones más empedernidos en el vicio. Apenas hubo santo en su época que no estuviera en comunicación con él. Por eso y por los muchos discípulos, por sus sermones y por sus escritos, se le llama el *venerable Maestro*. Además de San Juan de Dios, le consultaron y se guiaron de él muchas veces por sus consejos San Ignacio de

Loyola, San Francisco de Borja y Santa Teresa de Jesús. Ganó para Cristo á muchas damas nobles y gentes humildes, entre las cuales resaltan Doña Isabel Pacheco y Sor María, su hermana, Doña Teresa Enríquez (ó *La Loca del Sacramento*), Sor María de Cristo, la Condesa de Feria (después V. Sor Ana de la Cruz, religiosa franciscana), y Doña Sancha Carrillo, todas ellas muertas en olor de santidad.

Vivían en Ecija los Sres. D. Luis Fernández de Córdoba y Doña Luisa de Aguilar, padres de Doña Sancha. Iba ésta, joven de diez y ocho años, á ir á la corte á ser dama de la emperatriz Doña Isabel, esposa de Carlos V, y no pensaba sino en las pompas vanas y engañosas que el mundo la ofrecía, cuando asombraba y llenaba la ciudad el venerable Maestro con el ardor y el espíritu de su predicación, y entró Doña Sancha en deseos de hacer, antes de ir á la corte, confesión general de sus pecados con el P. Ávila. Se confesó con él en la iglesia de Santa María, y ¡oh maravillosa industria de la divina gracia! Las palabras de tan santo confesor, como salidas de la fragua del Corazón de Jesús, encendieron fuego en el de su joven penitente, y prendiólo el mismo Señor en el pecho de esta doncella, que comenzó á derretirse en lágrimas tan copiosas, que regaron el suelo y corrieron por él. Terminada la confesión, sin hablar palabra, echó el manto sobre el pecho, y dando profundos gemidos volvió á su casa, bien distinta de lo que de ella había salido. Encerróse en su cuarto, y allí estuvo todo el día llorando amargamente sus pecados, condenando la vanidad de su vida, el olvido de Dios y sus beneficios. Arrojada á los pies de Cristo, le pedía misericordia y que la admitiese por suya. Se despojó de las galas y de los tocados; cortó de todo punto su larga y hermosa cabellera; cubrió la cabeza con humilde toca y el cuerpo con una saya negra, pobre y sencilla; y así, bañado el rostro en lágrimas, con gran modestia y casi

desfallecida, salió á la noche del gabinete y se mostró á sus padres y hermanos, dejándolos asombrados y como estupefactos. No hubo ruegos ni fuerzas humanas para desviarla de su intento; y sin más, renunció á la corte y se metió para siempre en una casita, y allí, en pobre celda y devoto oratorio, negoció en soledad dichosa la salvación y santificación de su alma. A pesar de no tener más que diez y ocho años, se entregó á la más áspera penitencia: su comida eran naranjas y hierbas arrojadas al muladar; la cama era un corcho, las almohadas los libros de meditar; su vestido una túnica ceñida con cintas de cardas apretadas que penetraban hasta la carne y la herían muchísimo; y así, viviendo como esposa amante y fidelísima del divino Amor crucificado y sacramentado, murió santamente á los veinticuatro años de edad, con los méritos de una ancianidad de siglos. Para esta sierva de Dios compuso el Beato Juan de Ávila la obra excelentísima que tituló *Audi, Filia, et Vide* (*Audi, Filia*, obra completa se encuentra en <http://iteadjmj.com> en Documentos): Escucha, hija, y atiende.

Detestaba á los predicadores que se predicaban á sí mismos, que ganan aplausos y bienes materiales, pero no ganan almas para Dios, y reprendía los vicios con tal energía, que los hipócritas se creían aludidos, y, por venganza y envidia, le delataron al Santo Oficio por sus palabras, ya que no les era posible por sus obras; fue preso y padeció bastante, pero no quiso defenderse. Cuando todos creían que iba á ser condenado, una carta, interceptada casi prodigiosamente, puso de manifiesto el lazo que le habían tendido sus malvados delatores, y el P. San Juan de Ávila fue absuelto. Su eficacia en la predicación hizo que le llamasen el *Apóstol de Andalucía*. Partiendo de Sevilla corrió varios lugares de aquel arzobispado, gastando nueve años en cultivar y arraigar por aquellas regiones la religión cristiana. Predicó en Córdoba, se trasladó luego á Granada, estuvo

más tarde en Baeza y Montilla; regresó á Córdoba, visitó á Zafra en 1546, donde residían los marqueses de Priego, que eran hijos suyos espirituales. Estando en Granada, donde tan provechosamente mostró su celo, como, acabando de predicar, un oyente le dijera que lo había hecho admirablemente, el santo varón le contestó: *Eso mismo me decía el diablo al bajar del pulpito*; y añadió: «Nuestro divino Maestro Jesús dijo á sus Apóstoles, y en ellos á todos nosotros: Cuando hayáis hecho todo lo que Yo os mando, decid: *Siervos inútiles somos: no hemos hecho sino lo que teníamos obligación de hacer*».

Además de haber fundado en 1533 la Universidad de Baeza, con objeto de tener operarios celosos que le ayudasen á la predicación, logró después reunir una porción de clérigos fervorosos y decididos, formando con ellos una congregación de misioneros. Mas, al ver llegar á España los ñiguistas (Así se llamaban al principio los jesuítas, porque su santo fundador era llamado en el siglo *Capitán Ñigo*.) hizo lo que pocos hicieran, pues disolvió su congregación. Viendo ya ejecutado su pensamiento y cumplido su deseo, envió sus discípulos á predicar por varias partes de España, y sobre todo á los moriscos. Entre los discípulos fueron muy notables: el maestro Hernando de Vargas, que se dedicó á convertir los moriscos de Aragón; el venerable Pedro de Ojeda, gran orador sagrado, que predicaba todos los jueves del Santísimo Sacramento; el P. Juan Villarás; el Dr. Bernardino de Carieval; el cordobés Padre Alonso de Molina; el P. Alonso Fernández, también de Córdoba; y lo fueron igualmente discípulos del Santo muchos otros santos varones y admirables en sabiduría y virtudes, que llenaron de luz y gloria los siglos xvi y xvii, en que imperaba tan en justicia y debida forma el Tribunal de la Santa Inquisición.

En medio de las tareas apostólicas, no descuidaba el

San Juan de Avila su propia santificación, practicando las virtudes en grado eminente. El amor á Dios en que vivía y le enriqueció el Cielo era resultado del ejercicio continuo de oración y contemplación en los divinos misterios y en los infinitos atributos de la Divinidad. Con este amor rivalizaba en el pecho del santo Maestro la firmeza de la fe católica y grande esperanza en Dios que siempre le animó, y solamente los alientos de su mucha fe y confianza en la Divina Providencia pudieron hacer que llevase á cabo aquellas hazañas de vender la herencia y bienes todos habidos de sus padres, repartirlos entre la gente menesterosa, quedarse pobre y sin dinero, abandonar su tierra, intentar la evangelización de los indios gentiles, y derramar por ellos su sangre generosa, confesando á Cristo Redentor; predicar incesante y continuamente la penitencia en los reinos de Andalucía, y padecer en ellos, callando, sin defenderse, sin chistar ni abrir su boca, como el Divino Maestro, contradicciones, cárceles, miserias, envidias, rigores de calor y de frío, hambre, desnudez y trabajos innumerables, que bien claramente le dan lugar eminente entre los verdaderos discípulos del Hijo de Dios. La virtud santa de la pobreza le movía á no estimar ni poseer riquezas mundanas, y á presentarse vestido por manera muy humilde y pobre. Rechazó altos puestos y dignidades y la canongía magistral de Granada, que le ofrecía su arzobispo, é igualmente rechazó mitras y el capelo con que Felipe II quería honrarle. Hablaba un día de cosas espirituales con los clérigos de la iglesia mayor de Montilla, y como pasase cerca el cura de la parroquia é hiciesen ruido singular las telas finas de sus manteos, le asió el Padre Maestro del canto de ellos, y le dijo sonriendo: *Con este ruido, señor cura, se espantarán las ovejas*. Palabras que le penetraron el corazón y le convirtieron después en sacerdote ejemplar, amigo de modestia, humildad y pobreza.

De resultas de su continuo y eficaz trabajo sintióse á los cincuenta años acometido de penosas enfermedades, que le tuvieron otros diez y siete con pertinaces achaques y dolencias, casi siempre postrado en cama, pudiendo, sin embargo, exhortar á las religiosas en sus monasterios, consolar y enseñar á muchas el camino de la virtud y escribir cartas espirituales. Los dolores de su penosa y larga enfermedad abreviaron los días de su existencia. Dice el P. Granada, que el Maestro Ávila «tenía el estómago muy perdido, y con esto dolores de ijada y de ríñones y gota artérica, con dolores agudísimos en las conjunturas de los brazos y piernas, y junto con esto recias calenturas». Y todo esto sufría él con rara paciencia y trabajando. Estando en la ciudad de Montilla, en Mayo de 1569, adonde había ido con los marqueses de Priego, se agravaron tanto las enfermedades del P. Ávila, que el P. Villarás le administró el Santo Viático; y, al ver el enfermo que lo traían, exclamó con extraordinario afecto: *Denme á mi Señor, denme á mi Señor;* y recibió más tarde, según sus deseos, la Extremaunción, antes de perder el sentido. Preguntándole la Marquesa qué la mandaba hacer después de muerto, respondió al punto: *Misas, señora, Misas y aprisa;* y al P. Superior de los Jesuitas, que le dijo: Muchas consolaciones tendrá vuestra merced ahora de Nuestro Señor, contestó: *Muchos temores por mis pecados.* Finalmente, con rostro apacible, humilde, resignado, repitiendo sin cesar los nombres dulcísimos de Jesús, María y José, y besando tiernamente el Crucifijo, entregó el espíritu á su Creador el 10 de Mayo de 1569. ¡Oh muerte dichosa y envidiable la del Maestro Avila, á quien, simple sacerdote y pobre, según el P. Roa, Andalucía debe celestial enseñanza y reforma de costumbres, y el Cielo muchas conversiones é ilustres almas ganadas á Dios! Su muerte causó dolor general en grandes y pequeños, ricos y pobres. Santa Teresa le lloró con lágrimas abundantes, diciendo: «La Iglesia de Dios

pierde una gran columna, y muchas almas un grande amparo». Enterraron su cuerpo en la capilla mayor del Colegio de PP. Jesuitas, en Montilla, al lado del Evangelio. Fue declarado Venerable por el papa Clemente XIII, y Pontífice León XIII le beatificó el 6 de Abril de 1894. Fue canonizado por Sumo Pontífice Papa Paulo VI en 1970. *San Juan de Avila*, ruega por España.

No obstante lo mucho que predicó, muchos de sus sermones se han perdido para nosotros, pues todos fueron improvisados y ninguno dejó escrito. Dotado de una imaginación viva y de una facilidad asombrosa, compréndese que sus oraciones debieron ser excelentes. Sus tratados más famosos son los titulados: *Del conocimiento de sí mismo; De la Oración; Del Santísimo Sacramento; Audi, filia, et Vide (obra completa en <http://iteadjmj.com> en Documentos); Reformation del estado eclesiástico; Anotaciones al Concilio de Trento*, y sobre todo su *Epistolario*. Todas estas obras, á más de muy provechosas por su admirable doctrina, son verdaderos modelos del arte de bien decir. En el tratado *Audi, filia, et Vide* resplandecen mejor que en otro alguno la gravedad del idioma castellano y la fuerza de la patética y elevada elocuencia del autor. «Pero donde con más eficacia campea, dice D. Antonio Gil de Zarate, la valentía, la solidez y el nervio de su decir es en sus cartas (es decir, en el *Epistolario*), las cuales fueron escritas sin ánimo de darlas á la imprenta.» Sin embargo, de sus obras se han hecho varias ediciones. Las de mística han sido traducidas á varios idiomas. Algunos trabajos interpretando la Sagrada Escritura quedaron inéditos. La edición más antigua que se conoce de sus obras es la de Madrid, 1588, en 4.º, con la vida del autor, por su discípulo Fr. Luis de Granada. La de la Imprenta Real de Madrid el de 1757, en nueve volúmenes en 4.º; y la más moderna es la hecha en 1894, en la Tipografía de San Francisco de Sales, de Madrid, en cuatro tomos en 4.º,

con prólogos, notas, dirección y corrección del presbítero Dr. D. José Fernández Montaña, auditor del Supremo Tribunal de la Rota.

La Misa es en honor de San Antonino, y la oración la siguiente:

Ayúdenos, Señor, los merecimientos del santo confesor y pontífice Antonino, para que, así como te ensalzamos admirable en sus virtudes, así también te experimentemos misericordioso en nuestras necesidades. Por Nuestro Señor...

La Epístola es del cap. 44 y 45 del libro de la Sabiduría, y la misma que el día 5.

REFLEXIONES

***Dios le glorificó.* No hay otra gloria verdadera que la que viene de Dios; y aun ésa es menester que el mismo Dios nos la dé. La que los hombres solicitan, ó la que se dan unos á otros, pierde todo el mérito y la estimación, ó por la malignidad del principio, ó por lo torcido del fin. Todo ese incienso se desvanece en humo; y ¿qué resta después del buen olor? No hay en el mundo cosa más lisonjera, ni más frívola, ni más mentirosa que la alabanza. No es digno de ella el que se glorifica á sí mismo, sino aquel á quien glorifica Dios. El verdadero mérito, por sí mismo resplandece; el fuego y el diamante brillan sólo con dejarse ver; las piedras falsas son las que necesitan que las elogien, y que se muestre como con el dedo su aparente resplandor. Esta es la causa legítima de esas necias y groseras vanidades que ha intentado el orgullo humano para lisonjear su pasión y para divertir á su misma razón natural, ocultándola la enfadosa vista de su necesidad y pobreza.**

i Oh buen Dios! Siendo los hombres tan ambiciosos y tan apasionados de gloria, ¿por qué no la buscarán donde verdaderamente se halla? Los empleos más elevados, no siempre son los más tranquilos. La grandeza, el esplendor, la autoridad, es cierto que dominan por muchos honores, imponen obligaciones, inspiran respeto y temor; pero el corazón y el alma solamente los gana la virtud. A la santidad todo el mundo se rinde. Una persona sólidamente virtuosa es honrada, respetada, estimada, y todos hacen confianza de su rectitud y de su bondad. ¿Y se hace acaso la misma de las grandezas humanas? Todos los hombres aman la gloria; pocos pueden aspirar á esas brillantes fortunas; ninguno hay que con la gracia de Dios no pueda ser santo. Pues ¡qué objeto más digno de la ambición de un corazón cristiano! i Y qué locura la de suspirar por otra gloria!

El Evangelio es del cap. 25 de San Mateo, y el mismo que el dia 5.

MEDITACIÓN

Del retiro espiritual.

PUNTO PRIMERO.—Considera que el retiro espiritual, que consiste, en pasar algunos días en silencio y en soledad, lejos del tumulto del mundo y del ruido de los negocios, para vacar únicamente á la consideración de las verdades más importantes de la religión y al gran, negocio de la salvación eterna; considera, vuelvo á decir, que este piadoso retiro es, entre todos los ejercicios de devoción, el más propio y aun el más necesario para convertir á un alma, y acaso el único que jamás se practica inútilmente.

Es cosa muy fácil que las verdades más terribles de la religión hagan solamente impresión leve y pasajera, cuando todo contribuye á disipar el espíritu, ó á estragar el corazón; la luz de la fe está entonces medio apagada, y no se deja percibir bien la voz de Dios entre el estruendo del mundo. Pero cuando, retirados del bullicio y del tráfago de los negocios; cuando, en lugar de tantas brillanteces falsas como se nos representan á la vista; en vez de esa infinita multitud de objetos engañosos que se nos ponen delante, sólo se ofrecen á nuestros ojos aquellas imágenes que nos hacen casi palpables estas terribles verdades, que jamás habíamos penetrado bien y ahora las miramos á nuevas luces, ¿cómo es posible que no hagan grande impresión en un tiempo en que la gracia se comunica con mayor abundancia, el espíritu está menos distraído y el corazón mejor dispuesto?

Nunca se comunica la gracia con mayor abundancia, y, de contado, el mismo retiro es una gracia preciosísima. Mas si Dios nos dispensa siempre tantas gracias aun en medio del mundo más tumultuoso; si grita, si estrecha, si solicita, si corre tras el pecador, aun cuando el pecador huye de él, ¿qué misericordias no derramará ese mismo Dios sobre un alma penitente cuando se retira del mundo para buscar á su Salvador, para llorar sus pecados, para desarmar su justicia y para aplacar su ira? ¿Retírase de la soledad aquel misericordiosísimo Dios que tanto se deja sentir del alma, aun cuando está más acompañada, y que dice por su Profeta que Él mismo la *retirá á la soledad para hablarla al corazón?*

PUNTO SEGUNDO. — Considera que no puede haber estado ni disculpa que nos dispense del retiro. O has vivido inocente y fervoroso, ó has tenido la desgracia de abandonarte á las pasiones. Pues el retiro conserva la inocencia y produce casi infaliblemente la conversión. No parece posible pasar, emplear muchos días en la

meditación de aquellas terribles verdades que convirtieron al mundo; no perder de vista el horror de la sepultura; bajar con la consideración hasta aquellos torbellinos de fuego que la ira de todo un Dios omnipotente tiene encendidos para castigar á los pecadores; penetrar bien aquella espantosa eternidad, que es la justa medida de los tormentos que ha de padecer un alma réproba; no parece posible pasar exacta revista de todas sus maldades; ponérsele delante aquel caos, aquel abismo de culpas; tener presente todo lo que Jesucristo padeció por satisfacerlas; no parece posible considerar seriamente y con sosiego la grande contradicción que hay entre lo que creemos y lo que practicamos, entre nuestra fe y nuestras costumbres; comparar las máximas del mundo que se siguen con las del Evangelio que se deben seguir; pensar en los muchos que se condenan por su culpa; no parece posible, vuelvo á decir, hacer todas estas saludables reflexiones en la quietud de la soledad, donde todo conspira á que abramos los ojos para conocer las cosas como son, y para palpar las vanidades del mundo sin que nos penetren, sin que nos muevan, sin que nos conviertan.

Conozco, amable Salvador mío, toda la fuerza de estas verdades; comprendo bien cuan necesario es el retiro, así para aprovechar bien los talentos recibidos, como para tomar justas medidas en orden á la eternidad. Sólo confío, Señor, en vuestra misericordia, y espero que se ha de señalar en un sujeto tan vil como yo; especialmente cuando, ayudado de vuestra divina gracia, tome todos los medios que me sean posibles para agradaros.

JACULATORIAS

Huí del peligro, aléjeme del bullicio, y recogíme á la soledad para meditar las importantes verdades de la

religión.—*Ps. 54.*

¿Quién me dispondrá en la soledad un lugar muy apartado, para abandonar á este pueblo y para huir de en medio de él?—*Jer., 9.*

PROPÓSITOS

1. Entre todos los ejercicios de la devoción, uno de los más eficaces para convertir á un pecador, para encender el fervor de un alma, y acaso él único remedio eficaz contra la tibieza, es el retiro espiritual. No bajó visiblemente el Espíritu Santo, sino en el desierto, ó en el retiro del cenáculo; y si Jesucristo se retiró solo tantas veces á la soledad del monte, fue sin duda para enseñarnos la necesidad que tenemos de retirarnos de cuando en cuando á la soledad. Sírvete de este medio, y no dejes pasar año alguno sin retirarte ocho ó diez días á unos ejercicios. La Semana Santa y la de Pascua del Espíritu Santo parecen tiempo muy á propósito para vacar á estos santos ejercicios; pero, al fin, escoge el que fuere más acomodado para ti; y si no pudieres retirarte á alguna comunidad religiosa, retírate á lo menos en tu casa, que esto parece que ya lo podrás hacer.

2. Unos ejercicios sin fruto son pronóstico muy funesto: muy malo está el enfermo cuando no hacen operación en él los remedios más eficaces. Ten presente que el fruto de los ejercicios depende en gran parte, ó de los fines por que se hacen, ó de la disposición con que se entra en ellos, ó de los medios que se aplican para hacerlos bien. Los fines que debes proponerte para entrar en ejercicios son: primero, arreglar las cosas de tu conciencia por medio de una confesión general; segundo, reformar la vida; tercero, arreglar tu proceder en lo sucesivo; cuarto, caminar eficazmente á la perfección de tu estado. Las disposiciones se pueden reducir á cinco:

primera, deseo sincero de aprovechar; segunda, gran desconfianza de sí mismo, acompañada de una firme confianza en Dios; tercera, un corazón liberal para con Dios; cuarta, una suma exactitud en observar el repartimiento ó distribución de horas que se señalare en los ejercicios; quinta, una total soledad y perfecto retiro, con una entera persuasión de la gran necesidad que tienes de él. Los medios pueden ser: primero, una singular devoción á la Santísima Virgen; segundo, él uso de los sacramentos; tercero, un profundo silencio; cuarto, considerar á estos ejercicios como los últimos que has de hacer en tu vida.